



90 AÑOS DE JORGE EDWARDS: ESCRITOR DE LA CIUDAD, CIUDADANO DEL MUNDO

Gran conversador y gozador de la vida, el escritor chileno ha cultivado, junto con la literatura, el arte de la amistad, traspasando con ambas vocaciones las fronteras de su país. Así lo prueban las numerosas ediciones y traducciones de sus libros; los altos honores que ha recibido, como el Premio Cervantes 1999, y los numerosos amigos que ha cosechado en el mundo. En tiempos de pandemia, algunos de ellos lo saludan a través de estas páginas: el Premio Nobel peruano Mario Vargas Llosa; César Antonio Molina, exministro de Cultura de España, y los escritores chilenos Óscar Hahn y Carlos Franz.

MARÍA TERESA CÁRDENAS M.

Pocos días antes de cumplir 90 años —este 29 de julio—, Jorge Edwards saluda con entusiasmo e invita a pasar directamente al comedor de su amplio departamento de la calle Santa Lucía, en el quinto piso del edificio modernista conocido como El Barco. Son las once de la mañana, por lo que en la mesa no están dispuestos el desayuno ni el almuerzo, pero sí lo que ha nutrido su vida y le ha dado sentido a su existencia: desplegadas, y una encima de otras sin orden aparente, las numerosas ediciones de sus libros, incluidas las traducciones al inglés, francés, alemán, italiano, portugués, griego, japonés..., forman un conjunto armónico. Sumados algunos documentos y cartas, más fotografías enmarcadas que hará traer durante la visita, lo que Jorge Edwards comparte esta mañana es una síntesis de su trayectoria literaria, coronada por distinciones tan altas como el Premio Cervantes, que en 1999 recaía por primera vez en un escritor chileno —después lo obtendrían Gonzalo Rojas, en 2003, y Nicanor Parra, en 2011— y que recibió de manos del rey Juan Carlos de España.

Vocación sospechosa

Abogado de profesión y con una destacada carrera diplomática que culminó con su designación como embajador en Francia durante el primer gobierno de Sebastián Piñera, Edwards es autor de una treintena de libros: novelas, cuentos, ensayos, memorias y crónicas. Entre ellos, uno que le ha traído críticas y elogios, pero que no ha dejado a nadie indiferente. Incluso hoy, cuando vuelve a cobrar actualidad. “Lo que demuestra que el malestar existe todavía”, afirma. Publicado en 1973 y con reiteradas reediciones y traducciones, “Persona non grata” revela su experiencia durante los tres meses y medio que pasó en Cuba desde fines de 1970, enviado por el presidente Allende a

restablecer relaciones y abrir la embajada de Chile en La Habana. Sabido es que fue declarado “persona non grata” por Fidel Castro, e “invitado” a abandonar la isla.

Junto a las peripecias que relata, dramáticas, absurdas y a veces hilarantes, sobresale, después de todos estos años, una frase: ante el periodista de Gramma que en su entrevista lo presenta como abogado y diplomático, Jorge Edwards aclara con convicción y tal vez algo de ingenuidad: “Antes que abogado y diplomático, soy escritor. Mi única vocación verdadera es esa”. No midió entonces el alcance que podría tener para el régimen castrista, y particularmente para su comandante en jefe, esta autodefinición cuando poco tiempo después se desataría el “caso Padilla”: el encarcelamiento del escritor cubano, acusado de acciones subversivas y contrarrevolucionarias, y su famosa “Autocrítica”, tras ser liberado. Heberto Padilla era uno de los tantos amigos escritores e intelectuales que Edwards frecuentaba en la isla.

Pero no era la primera vez que la vocación literaria de Jorge Edwards despertaba sospechas. Lo vivió desde joven. “Por supuesto —dice—. Era prohibido por mi papá ser escritor”. Más aun, el ejemplo que existía en la familia era el de Joaquín Edwards Bello, su tío, a quien todos llamaban “el inútil de Joaquín”. Mirando en retrospectiva, reconoce que “ha sido mejor, a la larga, porque uno se esfuerza más”. En el San Ignacio, sin embargo, hubo quienes lo alentaron en ese camino y así publicó sus primeras creaciones en la revista del colegio jesuita, del que egresó en 1949. De esos años recuerda, divertido: “Un cura se dio cuenta de que yo tenía algo de literario y me dijo por qué no escribes una cosa sobre la Iglesia Católica; yo lo escribí y les gustó, así que me subieron al prosenio para que lo leyera, y abajo estaba el cardenal Caro. Pero cuando estaba leyendo se echó a perder el micrófono y después mis amigos me decían ‘oye, tú gesticulabas y no se oía nada’”.

SIGUE EN 2

E 4 200 años de la Independencia de Perú: ¿cómo se valora la acción de O'Higgins y San Martín en el país vecino?

E 5 Byung-Chul Han vuelve con su diagnóstico crítico de nuestra época, esta vez escribe sobre el dolor.

E 8 Centro Cultural La Moneda abre gran muestra en homenaje a Magallanes y pueblos originarios del extremo sur.



UNA SELECCIÓN | Saber llegar a la meta

Los libros para estar en sintonía con los Juegos Olímpicos

Reconocidos periodistas recomiendan novelas, crónicas, ensayos y biografías en torno al deporte. Obras que exploran la sorprendente vida del corredor olímpico Emil Zátopek, el cansancio extremo experimentado por Agassi, la riesgosa perfección de Nadia Comaneci, la rabia de Mohammed Ali, las penurias de los niños futbolistas y el inspirador Mundial de Rugby de 1995, en Sudáfrica. También sugieren las obras de autores chilenos como Antonio Skármeta, Fernando Alegría y Roberto Bolaño, que plasman con sus plumas el fervor deportivo. E 6